

REGINA FREYMAN VALENZUELA

La transformación del espíritu entre los dedos de Francisco Tario

Los cuentos de Francisco Tario son viajes que un personaje emprende y que suponen no el desplazamiento geográfico, sino la transformación del espíritu.

Los protagonistas de los relatos retan a la muerte y reconocen en ella su destino, que aceptan voluntariamente, pero renuncian a desaparecer, a perder la individualidad; por ello, convertidos en fantasmas, se resignarán al mismo infierno si es el precio de la libertad. Entre las páginas de los cuentos de Tario los objetos sienten con mayor intensidad que los hombres, quienes, solitarios y grises, son sombras, espectros que viven en el exilio y desprecian a la sociedad y sus convenciones, a la (absurda) familia y las ridículas aspiraciones.

A Tario le gusta asustar al lector; así, procura el escándalo como recurso para obligarlo a mirarse en el espejo. Sus senderos son tortuosos y dantescos. Es un escritor maldito que con la arrogancia de los constructores de Babel se recluye en la torre para escribir sobre hombres que quedan encinta, micos que salen de las llaves del agua, muertos que asisten a su propio funeral como quien departe con sus invitados en una fiesta de cumpleaños, trajes lujuriosos que ansían el cuerpo de una mujer e infieles que se escapan de los espejos.

Su mundo es muy amplio, pues recorre todas las cuevas de la conciencia y el mundo submarino del sueño. Su arquitectura gótica tiene torres altísimas y montañas rocosas, así como vías tan extraordinarias como las

tuberías y transportes tan innovadores como los féretros. Sus salidas y entradas son múltiples: se puede salir por la ventana o entrar por el espejo. Y sólo hay un clima posible, el de la noche fría, cuya inmensa luna reina sobre el negro impenetrable.

En este texto se comentan cuatro cuentos de Tario: “Entre tus dedos helados” (ETDH), “La noche de los cincuenta libros” (LNCL), “La noche del féretro” (LNF) y “El mico” (EM), con el propósito de transitar por los parajes creados por este autor fantástico que estuvo influido por la ruptura de las vanguardias, de ahí que sus territorios emerjan del surrealismo y exuden angustia: están inmersos en las aguas ominosas del subconsciente.

Tario recorre senderos trazados por una generación que explora al individuo, y por ello busca, mediante el conocimiento, mundos y dimensiones que parecen insólitos porque escapan a la capacidad de entendimiento, y se sorprende ante la absurda existencia, la cosificación del hombre y la humanización de los objetos que resulta de una cultura materialista y entrega seres cada vez más solitarios.

Las atmósferas de Tario se tiñen de madrugada o de plano de la oscuridad impenetrable de una noche madura; sus personajes son espectros, intersecciones entre el espíritu y el cuerpo, objetos humanos, hombres cosificados, ventanas de la intuición que se abren entre los campos de la razón y de la profecía, escisiones en la dualidad del *animus* y el ánima en lucha por encontrarse. La fusión de esos personajes es pecaminosa y su resultado son fantasmas que vagan arrastrando las cadenas de la culpa sin redención.

Pero la culpa es creadora, de ahí que deba ser expulsada, como de un volcán indigesto: lo fantástico no es una ilusión, sino la posibilidad que escapa a la razón, y es también el rastro brillante de la luna en su tránsito por el iris de la noche, así como el tenue trazo de la escritura que se borra en el blanco firmamento y la voz del infinito que se agolpa por un instante en la finitud de unos poros abiertos.

Las coordenadas propuestas para emprender el viaje por la obra de Tario son las siguientes: el personaje es el fantasma; el género, lo extraño y lo fantástico; el marco, el sueño; la estructura, el cuento; el tono, la ironía. La figura dominante en Tario son las paradojas que producen humor e ironía, o bien, llevan al absurdo (Ruiz, 2005).

Los cuentos que se analizan tienen una estructura temática muy parecida: la transformación del ser manifiesta en el viaje interior cuya expresión es el tránsito bajo la tierra, como se desprende de los títulos mismos: “Entre tus dedos helados”, “La noche del féretro”, “La noche de los cincuenta libros”. El viaje subterráneo “significa la penetración en el ámbito esotérico; (...) expresa un profundo deseo de cambio interior, una necesidad de experiencias nuevas más aún que de desplazamiento

local”. (Chevalier y Gheerbrant, 1993: 1066-1067). También es un descenso al inconsciente y la búsqueda de la madre perdida (Jung) o la huida de ésta (Cirlot).

Mientras en los relatos de viaje la aventura supone la redención o la trascendencia positiva es sustancial, de los que son ejemplos obras tan variadas como la *Divina Comedia*, de Dante, o *La isla del tesoro*, de Stevenson, y, más cercana al tono de las historias que analizaremos, *Drácula*, de Bram Stoker, por mencionar solo algunas, en los cuentos de Tario el protagonista obtiene no una liberación, sino una condena ligada a la dicotomía vida-muerte, que es recibida con cierto placer, pues representa un desafío a lo establecido, a la sociedad y al Dios cristiano (como parte de la tradición en que se inscriben el escritor y sus textos). Se trata de un acto de libertad que reta incluso a la naturaleza.

El protagonista de “Entre tus dedos helados” es un joven atrapado. Su conciencia, fragmentada, se pierde en el bosque del sueño, aunque también puede ser la agonía de un alma en transición que no puede despedirse, la historia de un pecado o la condenación de un fantasma que presencia su propia muerte y asiste a su propio funeral. Este joven sin nombre se ha quedado dormido, pero su percepción atiende a dos mundos simultáneos: los del sueño y la vigilia.

El lector se sumerge en las profundidades del agua turbia para conocer el crimen del personaje. De la relación que un alma sostiene consigo misma viene la posibilidad moral de autojuzgarse. Es decir, el primer diálogo, el primer juez de los actos de una persona y el testigo de sus deseos es la conciencia.

El título del cuento es un indicio y la temperatura remite a las extremidades que reportan la muerte. El protagonista está en las garras de la muerte, preso también del pecado, la justicia y hasta de una malévola entidad femenina que ha condenado su alma. La narración acontece en la madrugada, tiempo incierto que pertenece tanto a la noche como al día.

En “El mico” se penetra en el departamento de un soltero empedernido justo cuando un equilibrio aparente es contaminado por la presencia de un extraño ser parido por el grifo de la tina y que tiene forma de mico. El protagonista comienza a feminizarse hasta aceptar el rol de madre de este extraño ente; sin embargo, con el tiempo llega a odiar su nueva condición y decide deshacerse del mico: al principio, piensa en asesinarlo; finalmente, lo arroja por el escusado. Ya liberado, el hombre se descubre embarazado, pero acepta con alegría su nuevo estado.

“La noche del féretro” transcurre en una funeraria. Allí, un

féretro cuenta su recorrido hasta el panteón donde consumará su fusión o matrimonio –según explica el protagonista–, que es el significado del entierro. El féretro es masculino y por ello desea albergar en su seno un bello cuerpo femenino. El recorrido de todo féretro, de acuerdo con el texto, se completa con el reencuentro y sepulcro de su contraparte sexual (un cuerpo femenino en este caso). Sin embargo, descubre con horror que lleva en sus entrañas el cadáver de un hombre. Resignado a su suerte y desde la fosa que lo aloja, sueña con “bellas muertas blancas”. La traición del destino frustra el recorrido natural del pobre féretro macho.

“La noche de los cincuenta libros” es la historia de un joven desequilibrado que se enreda en un sueño mortal, igual que el protagonista de “Entre tus dedos helados”. Sus padres desean salvarlo, pero él afirma que está dormido y es feliz viendo sufrir a su familia. En su agonía, se sueña exiliado en una alta torre donde escribe historias de horror. Los personajes de sus libros escapan de entre las páginas y lo persiguen hasta que, en el tiempo de la vigilia, el doctor lo declara muerto. La familia llora, aunque el protagonista declara sentirse perfectamente bien. En este caso no hay un reencuentro con la hermanita difunta, pero es de suponerse que no es posible dada la naturaleza maligna de Robertito y la inocencia de su hermana.

Salvo en el caso de “La noche del féretro”, los otros tres cuentos comienzan con la afirmación del yo protagonista en un breve párrafo de apertura:

Preparaba yo, por aquellos días, el último examen de mi carrera y, de ordinario, no me acostaba antes de las tres o las tres y media de la madrugada. Esta vez acababan de sonar las cuatro cuando me metí en la cama. Me sentía rendido por la fatiga y apagué la luz. Inmediatamente después me quedé dormido y empecé a soñar (Tario, ETDH, 2004, II: 314).

Me hallaba yo en el cuarto de baño, afeitándome, y deberían ser más o menos las diez de la noche, cuando tuvo lugar aquel hecho extravagante que tantas desventuras habría de acarrear en el curso de los años (Tario, EM, 2004, II: 137).

De pequeño era yo esmirriado, granujiento y lastimoso. Tenía los pies y las manos desmesuradamente largos; el cuello, muy flaco; los ojos, vibrantes, metálicos; los hombros, cuadrados, pero huesosos, como los brazos de un perchero; la cabeza, pequeña, sinuosa. Mis cabellos eran ralos y crespos y mis dientes amarillos, si no negros. Mi voz, excesivamente chillona, irritaba a mis progenitores, a mis hermanos, a los profesores de la escuela y aun a mí mismo. Cuando tras un prolongado silencio –una reunión de familia, durante las comidas, etcétera–, rompía yo a hablar, todos saltaban sobre sus

asientos, cual si hubieran visto al diablo. Después, por no seguir escuchándome, producían el mayor ruido posible, bien charlando a gritos o removiendo los cubiertos sobre la mesa, los vasos, la loza...

(Tario, LNCL, 2004, I: 57).

En los dos primeros ejemplos, el autor establece coordenadas espacio-temporales, que serán quebrantadas al dar entrada a la dimensión fantástica o al suceso extraordinario que secuestra lo cotidiano. En el tercer ejemplo, el protagonista da su lamentable descripción, la que no escapa de los retratos de una realidad familiar y de un niño que puede ser irritante, como lo son muchos otros; sin embargo, hay un indicio al comparar la forma en que el niño es percibido por los otros con la visión que el mismo diablo tendría.

El inicio de "La noche del féretro" es más abrupto. Se describe de manera somera a un hombre que irrumpe en escena (hasta este punto se desconoce el sitio en que transcurre la historia) seguida del diálogo en que pide un féretro:

Entró un señor enlutado, con los zapatos muy limpios y los ojos enrojecidos por el llanto. Se aproximó al empleado y dijo:

—Necesito un féretro.

Oí distintamente su voz ronca y amarga, seguida por una tos irritante que, de estar yo dormido, me hubiera hecho despertar. Oí también, en aquel preciso momento, el timbre de la puerta en la casa contigua y el ladrido del perro, quien anunciaba así su alegría.

El empleado dijo:

—Pase usted (Tario, LNF, 2004, I: 33).

En este pasaje se puede asumir que el narrador es un personaje, pero su identidad se mantiene en suspenso.

En los cuatro cuentos se revela prematuramente una sorpresa. En "Entre tus dedos helados" el protagonista relata que se introduce en un espeso bosque entre hojas y aguas negras, y, al ser sorprendido por extraños personajes, declara que está soñando: "me preguntó quién era yo, qué buscaba en aquel lugar a semejante hora y de qué modo había conseguido penetrar allí. 'Estoy soñando' —le respondí—" (Tario, ETDH, 2004, II: 315). Por otra parte, el mico es parido por el grifo de la bañera. "Algo, en efecto, por demás imprevisible, acababa de obstruir el paso del agua en el grifo, aunque, así, de buenas a primeras, no acerté a saber bien qué. Algo asomaba allí, es claro, haciendo que el agua se proyectara contra las paredes. Era él" (Tario, EM, 2004, II: 137). El narrador de "La noche del féretro" es el propio féretro: "Mi compañero de abajo se enderezó cuanto pudo para explicarme: —El cliente es rico, con que tú serás el elegido" (Tario, LNF, 2004, II: 33). Robertito, protagonista de "La noche de los cincuenta libros", confiesa su enfermedad mental: "De aquel terrible tiempo conservo en la memoria una palabra espantosa, un

atroz insulto que repetían a diario en casa y en la escuela cuantos me conocían: / —¡Histórico! ¡Histórico! ¡Histórico!" (Tario, LNCL, 2004, I: 58).

Con estas confesiones precipitadas, el escritor busca que el lector baje la guardia, al disipar, en apariencia, el suspenso, pero lo extraño se ha filtrado y aunque se podría pensar que seguirá simplemente el despliegue de la condición anómala, a medida que se desarrolla la trama, hay una vuelta de tuerca.

"Entre tus dedos helados" no es sólo la narración en paralelo de dos estados de conciencia, sino el enfrentamiento con el incesto. En "El mico" hay un emisario de algo todavía más extraño que su presencia: el embarazo masculino. Y si ya es suficientemente extraño oír las desventuras de un féretro contadas por él mismo, no conforme con ello, Tario devela el oscuro destino de un féretro masculino que ha sido traicionado al tener que aceptar, involuntaria y eternamente, una relación homosexual. Robertito, el escritor de los cincuenta libros, está loco, se fuga en un sueño mientras agoniza entre dos realidades que se superponen y, además, sus personajes escapan de los libros con la intención de matarlo.

Todos los elementos y símbolos del mundo de Tario están contenidos en esta confesión poética de "La noche de los cincuenta libros":

Me encerraré entre los murallones de una fortaleza que levantaré con mis propias manos en el corazón de la montaña... Y escribiré libros... que paralizarán de terror a los hombres que tanto me odian; libros que les menguarán el apetito; que les espantarán el sueño; que trastornarán sus facultades y les emponzoñarán la sangre. Libros que expondrán con precisión inigualable lo grotesco de la muerte, lo execrable de la enfermedad, lo risible de la religión, lo mugroso de la familia y lo nauseabundo del amor, de la piedad, del patriotismo y de cualquier otra fe o mito... Exaltaré la lujuria, el satanismo, la herejía, el vandalismo, la gula, el sacrilegio: todos los excesos y las obsesiones más sombrías, los vicios más abyectos, las aberraciones más tortuosas... Nutriré a los hombres de morfina, peste y hedor. Mas no conforme con eso, daré vida a los objetos, devolveré la razón a los muertos, y haré bullir en torno a los vivos una heterogénea muchedumbre de monstruos, carroñas e incongruencias: niños idiotas, con las cabezas como sandías; vírgenes

desdentadas y sin cabello; paralíticos vesánicos, con los falos de piedra; hermafroditas cubiertos de fístulas y tumores; mutilados de uniforme, con las arterias enredadas en los galones; sexagenarias en cinta, con las ubres sanguinolentas; perros biliosos y castrados; esqueletos que sangran; vaginas que ululan; fetos que muerden; planetas que estallan; íncubos que devoran; campanas que fenecen; sepulcros que gimen en la claridad helada de la noche... Volveré histérica a cuanta criatura se agita.

...lanzo desde mi guarida un libro más terrífico y letal: un libro cuyas páginas retumban en la soledad... Donde yo habito no hay estaciones y la Naturaleza es un limbo. El agua no moja; la llama no quema; el ruido no se percibe; la electricidad no alumbra. De noche todo es negro, impenetrable, pero yo veo.

(...)

Y escribo, escribo sin cesar a todas horas...

Y es tal mi avidez que, cuando me sobran fuerzas, trepo por la vertiente de esta montaña mía hasta la última roca desnuda, y, desde allí, más que como un titán o un profeta barbudo, como un dios todopoderoso y escuálido, lanzo al espacio la palabra maldita:

—¡Histéricoos! (Tario, LNCL, 2004, I: 62-63).

El mundo de Tario es brumoso, un espacio incierto entre el sueño y la vigilia, entre el día y la noche, un territorio de perplejidad en que los reflejos en el agua se confunden. El lector tiene una sensación inquietante de que una sombra lo persigue y de que aquello que alcanza su mirada no es todo lo que existe. Sus pensamientos lo traicionan y de la profundidad de su cuerpo emerge flotando el miedo ancestral de lo irreconocible.LC

BIBLIOGRAFÍA

- Chevalier, Jean y Alain Gheerbrant (1993), *Diccionario de los símbolos*, Barcelona, Herder.
- Ruiz Pérez, Ignacio (2005), "Avatares de un itinerario fantástico: los cuentos de Felisberto Hernández y Francisco Tario", en *Espéculo. Revista de Estudios Literarios*, No. 28 [www.ucm.es/info/especulo/numero28/felista.html].
- Tario, Francisco (2004), *Cuentos completos*, México, Lectorum, 2 T. [Pról. Mario González Suárez].